

CARACTERES
DE LA
REVELACIÓN
ESPÍRITA

CARACTÈRES
DE LA
RÉVÉLATION SPIRITE

PAR
ALLAN KARDEC

Prix : 15 centimes

PARIS
BUREAU DE LA *REVUE SPIRITE*
59, RUE ET PASSAGE SAINTE-ANNE

1868

Traduction facultative.

Rp 91-5

CARACTERES
DE LA
REVELACIÓN
ESPÍRITA

por
ALLAN KARDEC

Traducción de Gustavo N. Martínez



CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA
Buenos Aires

Copyright © 2025 by
CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)

Todos los derechos de reproducción, copia, comunicación al público y explotación económica de esta obra están reservados. Prohibida la reproducción parcial o total de la misma, a través de cualquier forma, medio o proceso electrónico, digital, fotocopia, microfilme, internet, CDROM, sin previa y expresa autorización, en los términos de la ley 11.723, que reglamenta los derechos de autor y conexos.

ISBN edición impresa: 978-987-48481-9-2

Título del original francés:

Caractères de la révélation spirite (Allan Kardec; 1868)

Traducción de la 1.ª edición francesa: Gustavo N. Martínez

Edición de la

CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)

Sánchez de Bustamante 463

(1173) Buenos Aires - Argentina

+ 54 11 - 4862 - 6314

www.ceanet.com.ar - ceaespiritista@gmail.com

Kardec, Allan

Caracteres de la revelación espírita / Allan Kardec. - 1a edición especial. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Confederación Espiritista Argentina, 2025.

56 p. ; 21 x 14 cm.

Traducción de: Gustavo Norberto Martínez.

Edición para Confederación Espiritista Argentina

ISBN 978-987-48481-9-2

1. Espiritismo. I. Martínez, Gustavo Norberto, trad. II. Título.

CDD 133.9

Impreso en la Argentina

Caracteres de la revelación espírita¹

1. ¿Se puede considerar el espiritismo como una revelación? En ese caso, ¿cuál es su carácter? ¿En qué se funda su autenticidad? ¿A quién y de qué manera ha sido transmitida? La doctrina espírita, ¿es una revelación en el sentido sagrado² de la palabra, es decir, el resultado de una enseñanza oculta proveniente de lo Alto? ¿Es definitiva o susceptible de modificaciones? Dado que trae a los hombres la verdad integral, ¿la revelación no tendría por efecto impedirles hacer uso de

-
1. El presente opúsculo contiene el Capítulo I de *La génesis, los milagros y las predicciones según el espiritismo*, obra publicada por Allan Kardec, en París, el 6 de enero de 1868. Atento a la importancia de su contenido, el fundador de la filosofía espírita dispuso publicarlo por separado, conforme consta en la *Revista espírita* (febrero de 1868):

“Muchas personas han considerado que el artículo publicado con este título en septiembre de 1867 y que, completado, constituye el primer capítulo de *La génesis*, es adecuado para dar a conocer el verdadero carácter de la doctrina espírita y, al mismo tiempo, como una refutación de ciertas críticas. Por consiguiente, pensaron que divulgar ese artículo sería de utilidad para la propagación de la idea. Para satisfacer su deseo, hemos dispuesto una tirada aparte del primer capítulo de *La génesis*, en un opúsculo que se ofrecerá en las mismas condiciones que *El espiritismo en su más simple expresión*, es decir, a 15 centavos; por correo: 20 centavos. Diez ejemplares juntos: 2 francos, es decir, 10 centavos por ejemplar; por correo: 2 francos, 60 centavos. Si bien se había demorado, la tirada de este opúsculo actualmente se encuentra terminada”. (N. del T.)

2. En el original: *liturgique*, una de cuyas acepciones, en francés, es *sacré* (*sagrado*). (N. del T.)

sus facultades, ya que les ahorraría el trabajo de la investigación? ¿Cuál es la autoridad de la enseñanza de los Espíritus, si no son infalibles ni superiores a la humanidad? ¿Cuál es la utilidad de la moral que predicán, si esa moral no es otra que la del Cristo, ya conocida? ¿Cuáles son las verdades nuevas que ellos nos aportan? ¿Precisa el hombre una revelación? ¿No podría encontrar en sí mismo y en su conciencia todo lo que necesita para conducirse? Esas son las cuestiones que debemos considerar.

2. Definamos primero el sentido de la palabra *revelación*.

Revelar, término derivado de la palabra *velo* (del latín *velum*), significa literalmente *quitar el velo*; y en sentido figurado: descubrir, dar a conocer una cosa secreta o desconocida. En su acepción vulgar más genérica, se dice de toda cosa ignorada que se divulga, de toda idea nueva que nos pone al corriente de lo que no sabíamos.

Desde este punto de vista, todas las ciencias que nos hacen conocer los misterios de la naturaleza son revelaciones, y se puede decir que existe para la humanidad una revelación incesante. La astronomía reveló el mundo astral, al que no conocíamos; la geología reveló la formación de la Tierra; la química, la ley de las afinidades; la fisiología, las funciones del organismo, etc. Copérnico, Galileo, Newton, Laplace, Lavoisier, fueron reveladores.

3. El carácter esencial de toda revelación debe ser la verdad. Revelar un secreto es dar a conocer un hecho; si algo es falso, ya no es un hecho y, por consiguiente, no existe revelación. Toda revelación desmentida por los hechos deja de serlo; y en caso de que sea atribuida a Dios, dado que Dios no miente ni se engaña, no puede provenir de Él, de modo que debe ser considerada producto de una concepción humana.

4. ¿Cuál es el rol del profesor en relación con sus discípulos, sino el de un revelador? El profesor les enseña aquello que no saben, aquello que no tendrían tiempo ni posibilidades de descubrir por sí mismos, porque la ciencia es una obra colectiva de los siglos y de una infinidad de hombres que han aportado, cada uno, su cuota de observaciones, aprovechadas por los que vienen después de ellos. La enseñanza es, por lo tanto, en realidad, la revelación de ciertas verdades, científicas o morales, físicas o metafísicas, realizadas por hombres que las conocen, a otros que las ignoran y que, si así no hubiera sido, las habrían ignorado siempre.

5. Pero el profesor sólo enseña lo que ha aprendido: es un revelador de segundo orden. En cambio, el hombre de genio enseña lo que ha descubierto por sí mismo: es el revelador primitivo; aporta la luz que poco a poco se difunde. ¿Qué sería de la humanidad sin la revelación transmitida por los hombres de genio que aparecen de tiempo en tiempo?

Pero ¿quiénes son esos hombres de genio? ¿Por qué son hombres de genio? ¿De dónde provienen? ¿Hacia dónde van? Notemos que la mayoría de ellos trae al nacer facultades trascendentes y conocimientos innatos, que desarrollan con poco trabajo. Realmente pertenecen a la humanidad, pues nacen, viven y mueren como nosotros. Entonces, ¿dónde han adquirido esos conocimientos que no han podido aprender durante la vida? ¿Se dirá, como hacen los materialistas, que el acaso los ha dotado de materia cerebral en mayor cantidad y de mejor calidad? En ese caso, no tendrían más mérito que una legumbre de mayor tamaño y más sabrosa que otra.

¿Diremos, como ciertos espiritualistas, que Dios los ha dotado de un alma más favorecida que la del común de los hombres? Esa es una suposición igualmente carente de lógica,

pues calificaría a Dios de parcial. La única solución racional de este problema reside en la preexistencia del alma y en la pluralidad de las existencias. El hombre de genio es un Espíritu que, como ha vivido más tiempo, conquistó y progresó más que aquellos que están menos adelantados. Al encarnar, trae consigo lo que sabe, y como sabe mucho más que los otros y no precisa aprender, se lo denomina hombre de genio. Con todo, su saber es fruto de un trabajo anterior, y no el resultado de un privilegio. Antes de renacer, ya era un Espíritu adelantado; reencarna para hacer que otros aprovechen su saber, o para adquirir más del que posee.

Los hombres progresan, indiscutiblemente, por sí mismos y por los esfuerzos de su inteligencia. No obstante, librados a sus propias fuerzas progresarían muy lentamente, en caso de que no recibieran la ayuda de otros hombres más adelantados, como el estudiante es auxiliado por sus profesores. Todos los pueblos han tenido hombres de genio, que aparecieron en diversas épocas para darles impulso y sacarlos de la inercia.

6. Si se admite la solicitud de Dios para con sus criaturas, ¿por qué no se habrá de admitir que Espíritus capaces -tanto por su energía como por la superioridad de sus conocimientos- de hacer que la humanidad avance, encarnen por voluntad de Dios a fin de contribuir al progreso en un sentido determinado? ¿Por qué no admitir que reciban misiones, como un embajador las recibe de su soberano? Tal es el rol de los grandes genios. ¿Qué vienen a hacer, si no es a enseñar a los hombres verdades que estos ignoran -y que aún ignorarían durante largos períodos-, a fin de darles un punto de apoyo mediante el cual puedan elevarse más rápidamente? Esos genios, que aparecen a través de los siglos como estrellas fulgurantes, dejando una larga estela de luz sobre la humanidad,

son misioneros o, si se quiere, mesías. Si ellos solo enseñaran a los hombres lo que estos ya saben, su presencia sería completamente inútil. Así, las cosas nuevas que les enseñan, ya sea en el orden físico o en el filosófico, son *revelaciones*.

Si Dios promueve reveladores para las verdades científicas, también puede, con mayor razón, promoverlos para las verdades morales, que constituyen uno de los elementos esenciales del progreso. Esos son los filósofos cuyas ideas perduran a través de los siglos.

7. En el sentido especial de la fe religiosa, la revelación se refiere más particularmente a las cosas espirituales que el hombre no puede saber por sí mismo ni descubrir con el auxilio de sus sentidos, y cuyo conocimiento le es dado por Dios o por sus mensajeros, ya sea por medio de la palabra directa o de la inspiración. En este caso, siempre se la hace a hombres privilegiados, designados con el nombre de profetas o *mesías*, es decir, *enviados* o *misioneros*, que reciben la *misión* de transmitirla a los hombres. Considerada desde ese punto de vista, la revelación implica la pasividad absoluta, y es aceptada sin control, sin examen ni discusión.

8. Todas las religiones han tenido sus reveladores, y aunque estos estuviesen lejos de conocer toda la verdad, tenían una razón de ser providencial, porque eran apropiados al tiempo y al medio en que vivían, al carácter particular de los pueblos a los que hablaban, y en relación con los cuales eran relativamente superiores. A pesar de los errores de sus doctrinas, no dejaron de agitar los espíritus y, por eso mismo, de sembrar los gérmenes del progreso que más tarde habrían de desarrollarse, o que se desarrollarán en el futuro a la luz del cristianismo. Por consiguiente, es injusto anatematizarlos en nombre de la ortodoxia, ya que vendrá el día en que todas esas

creencias, tan diversas en la forma, pero basadas en un mismo principio fundamental -Dios y la inmortalidad del alma-, se fundirán en una grande y amplia unidad, cuando la razón triunfe sobre los prejuicios.

Lamentablemente, las religiones han sido en todos los tiempos instrumentos de dominación; el rol de profeta siempre tentó a las ambiciones secundarias, y se ha visto surgir una multitud de presuntos reveladores o mesías que, valiéndose del prestigio de esta denominación, explotaron la credulidad en provecho de su orgullo, de su codicia o de su indolencia, pues hallaron más cómodo vivir a expensas de los engañados. La religión cristiana no ha podido evitar esos parásitos. Al respecto, llamamos particularmente la atención hacia el capítulo XXI de *El Evangelio según el espiritismo*: “Habrá falsos Cristos y falsos profetas”.

9. ¿Hay revelaciones directas de Dios a los hombres? Esta es una cuestión que no osaríamos resolver en forma afirmativa ni en forma negativa de manera absoluta. El hecho no es radicalmente imposible, pero nada nos da de él una prueba cierta. De lo que no cabe duda es que los Espíritus que por su perfección se hallan más cerca de Dios se impregnan de su pensamiento y pueden transmitirlo. En cuanto a los reveladores encarnados, según el orden jerárquico al que pertenecen, así como al grado de saber personal al que llegaron, pueden extraer de sus propios conocimientos las instrucciones que imparten, o recibirlas de Espíritus más elevados, incluso de los mensajeros directos de Dios, los cuales, al hablar en nombre de este, han sido en ocasiones tomados por el propio Dios.

Las comunicaciones de este género nada tienen de extrañas para quien conoce los fenómenos espíritas y la manera mediante la cual se establecen las relaciones entre los encarna-

dos y los desencarnados. Las instrucciones pueden ser transmitidas por diversos medios: la inspiración pura y simple, la audición de la palabra, la percepción de los Espíritus instructores en visiones y en apariciones, ya sea durante el sueño o en estado de vigilia, de los que hallamos tantos ejemplos en la Biblia, en el Evangelio y en los libros sagrados de todos los pueblos. Así pues, es rigurosamente exacto decir que la mayoría de los reveladores son médiums inspirados, auditivos o videntes, lo que no significa que todos los médiums sean reveladores, y menos aún intermediarios directos de la Divinidad o de sus mensajeros.

10. Solo los Espíritus puros reciben la palabra de Dios con la misión de transmitirla. No obstante, hoy se sabe que no todos los Espíritus son perfectos, y que existen algunos que se presentan bajo falsas apariencias, lo que llevó a san Juan a decir: “No creáis en cualquier Espíritu; ved antes si los Espíritus son de Dios”. (Primera Epístola, 4:1.)

Puede haber, pues, revelaciones serias y verdaderas, como las hay apócrifas y mentirosas. El carácter esencial de la revelación divina es el de la *eterna verdad*. Toda revelación contaminada de errores o sujeta a modificaciones no puede emanar de Dios. Es por eso que la ley del Decálogo tiene todos los caracteres de su origen, mientras que las otras leyes mosaicas, esencialmente transitorias, muchas veces en contradicción con la ley del Sinaí, son obra personal y política del legislador hebreo. Con el ablandamiento de las costumbres del pueblo, esas leyes cayeron en desuso de por sí, mientras que el Decálogo se mantuvo en pie como faro de la humanidad. Cristo hizo de él la base de su edificio, en tanto que abolió las otras leyes. Si estas fuesen obra de Dios, las habría conservado intactas. Cristo y Moisés son los dos grandes reveladores que

cambiaron la faz del mundo, y en eso está la prueba de su misión divina. Una obra puramente humana no habría tenido ese poder.

11. Una importante revelación se produce en la época actual: la que nos muestra la posibilidad de que nos comuniquemos con los seres del mundo espiritual. No cabe duda de que ese conocimiento no es nuevo; pero hasta ahora, en cierto modo, había permanecido como letra muerta, es decir, sin provecho para la humanidad. La ignorancia de las leyes que rigen esas relaciones lo había ahogado bajo la superstición; el hombre era incapaz de extraer de ahí alguna deducción saludable. Estaba reservado a nuestra época desembarazarlo de los accesorios ridículos, comprender su alcance y hacer que de él surja la luz destinada a iluminar el camino del porvenir.

12. El espiritismo, al darnos a conocer el mundo invisible que nos rodea, y en medio del cual vivimos sin que lo sospecháramos, así como las leyes que lo rigen, sus relaciones con el mundo visible, la naturaleza y el estado de los seres que habitan en él y, por consiguiente, el destino del hombre después de la muerte, constituye una verdadera revelación en el sentido científico de la palabra.

13. Por su naturaleza, la revelación espírita tiene un doble carácter: participa al mismo tiempo de la revelación divina y de la revelación científica. Participa de la primera, porque su aparición es providencial, y no el resultado de la iniciativa o de un deseo premeditado del hombre; y porque los puntos fundamentales de la doctrina provienen de la enseñanza que han impartido los Espíritus encargados por Dios de ilustrar a los hombres sobre cosas que ellos ignoraban, que no podían aprender por sí mismos, y que les importa conocer, ya que hoy son aptos para comprenderlas. Participa de la segunda,

porque esa enseñanza no es privilegio de ningún individuo, sino que es impartida a todos del mismo modo; porque los que la transmiten y los que la reciben no son seres *pasivos*, dispensados del trabajo de la observación y la investigación; porque no han renunciado al razonamiento y al libre albedrío; porque no se les ha prohibido el examen, sino que, por el contrario, se les ha recomendado; en fin, porque la doctrina no fue *dictada completa, ni impuesta a la creencia ciega*; porque es deducida, mediante el trabajo del hombre, de la observación de los hechos que los Espíritus colocan delante de sus ojos, así como de las instrucciones que le dan, instrucciones que él estudia, comenta, compara, a fin de que él mismo extraiga las consecuencias y las aplicaciones. En suma: *lo que caracteriza a la revelación espírita es el hecho de que su origen es divino, la iniciativa pertenece a los Espíritus, y su elaboración es fruto del trabajo del hombre.*

14. Como medio de elaboración, el espiritismo procede exactamente de la misma manera que las ciencias positivas, es decir, aplica el método experimental. Cuando se presentan hechos nuevos que no se pueden explicar a través de las leyes conocidas, él los observa, los compara, los analiza y, remontándose de los efectos a las causas, llega a la ley que los rige; después deduce sus consecuencias y busca las aplicaciones útiles. *No establece ninguna teoría preconcebida*; por eso no presentó como hipótesis la existencia y la intervención de los Espíritus, como tampoco el periespíritu, la reencarnación ni ningún otro principio de la doctrina. Concluyó por la existencia de los Espíritus cuando esa existencia resultó evidente a partir de la observación de los hechos, y ha procedido de igual manera en cuanto a los otros principios. No han sido los hechos los que vinieron con posterioridad a confirmar a la

teoría, sino que la teoría vino a continuación para explicar y resumir los hechos. Así pues, es rigurosamente exacto que se diga que el espiritismo es una ciencia de observación, y no un producto de la imaginación.

15. Citemos un ejemplo. En el mundo de los Espíritus ocurre un hecho muy singular, que seguramente nadie había sospechado: el que haya Espíritus que no se consideran muertos. ¡Pues bien! Los Espíritus superiores, que conocen perfectamente ese hecho, no vinieron a decirnos previamente: “Hay Espíritus que suponen que viven todavía la vida terrenal, que han conservado sus gustos, sus costumbres y sus instintos”. En lugar de eso, han provocado la manifestación de Espíritus de esa categoría para que los observáramos. Así pues, luego de haber visto Espíritus inseguros en cuanto a su estado, o que afirman que todavía pertenecen a este mundo y que se consideran dedicados a sus ocupaciones habituales, del ejemplo se dedujo la regla. La multiplicidad de hechos análogos ha probado que aquello no era una excepción, sino una de las fases de la vida espírita, y ha permitido estudiar todas las variedades y las causas de esa singular ilusión, así como reconocer que tal situación es sobre todo inherente a Espíritus poco adelantados moralmente, y característica de determinados tipos de muerte; que solo es transitoria, pero puede durar días, meses y años. Así, la teoría nació de la observación. Lo mismo ocurrió en relación con los demás principios de la doctrina espírita.

16. Así como la ciencia propiamente dicha tiene por objeto el estudio de las leyes del principio material, el objeto especial del espiritismo es el conocimiento de las leyes del principio espiritual. Ahora bien, como este último principio es una de las fuerzas de la naturaleza, que reacciona sin cesar sobre el principio material, al igual que este lo hace sobre

aquel, se deduce de ahí que el conocimiento de uno no puede estar completo sin el conocimiento del otro; que el espiritismo y la ciencia se complementan; que la ciencia sin el espiritismo se halla imposibilitada de explicar ciertos fenómenos recurriendo solamente a las leyes de la materia, y que por haber prescindido del principio espiritual se encuentra con tantas dificultades; que el espiritismo sin la ciencia carecería de apoyo y de control, y podría equivocarse. Si el espiritismo hubiese llegado antes que los descubrimientos científicos, se habría malogrado, como todo lo que aparece antes de tiempo.

17. Todas las ciencias se concatenan y se suceden en un orden racional; nacen unas de otras, a medida que encuentran un punto de apoyo en las ideas y los conocimientos anteriores. La astronomía, una de las primeras cultivadas, conservó los errores de su infancia hasta el momento en que la física reveló la ley de las fuerzas de los agentes naturales; la química, impotente sin la física, tuvo que acompañarla de cerca, para que después marcharan en concordancia, apoyándose una en la otra. La anatomía, la fisiología, la zoología, la botánica, la mineralogía, solo llegaron a convertirse en ciencias serias con el auxilio de las luces que les aportaron la física y la química. A la geología, nacida ayer, sin la astronomía, la física, la química y todas las otras ciencias, le habrían faltado elementos vitales, de modo que solo podía llegar después de aquellas.

18. La ciencia moderna abandonó los cuatro elementos primitivos de los antiguos y, de observación en observación, llegó a la concepción de *un solo elemento generador* de todas las transformaciones de la materia; pero la materia, de por sí, es inerte; no tiene vida, pensamiento ni sentimiento; le es necesaria su unión con el principio espiritual. El espiritismo no ha descubierto ni inventado ese principio, pero fue el primero

en demostrar su existencia por medio de pruebas irrecusables. Lo ha estudiado, analizado, y puso en evidencia su acción. Al *elemento material* le adicionó el *elemento espiritual*. *Elemento material* y *elemento espiritual* son, pues, los dos principios, las dos fuerzas vivas de la naturaleza. Mediante la unión indisoluble de ambos se explica fácilmente una infinidad de hechos hasta entonces inexplicables.

Por su esencia misma, y dado que tiene como objeto el estudio de uno de los dos elementos que constituyen el universo, el espiritismo se relaciona forzosamente con la mayor parte de las ciencias; sólo podía llegar después de que esas ciencias fueran elaboradas y, sobre todo, después de que hubieran probado su imposibilidad de explicarlo todo recurriendo solamente a las leyes de la materia.

19. Acusan al espiritismo de parentesco con la magia y la hechicería, pero se omite que la astronomía tiene por hermana mayor a la astrología judiciaria, no tan lejana de nosotros; que la química es hija de la alquimia, de la que ningún hombre sensato osaría ocuparse hoy. Nadie niega, sin embargo, que en la astrología y en la alquimia estaba el germen de las verdades de las que salieron las ciencias actuales. A pesar de sus fórmulas ridículas, la alquimia orientó el descubrimiento de los cuerpos simples y de la ley de afinidades. La astrología se apoyaba en la posición y en el movimiento de los astros, a los cuales había estudiado; pero como ignoraba las verdaderas leyes que rigen el mecanismo del universo, los astros eran para el vulgo seres misteriosos a los cuales la superstición atribuía una influencia moral y un sentido revelador. Cuando Galileo, Newton y Kepler dieron a conocer esas leyes, cuando el telescopio rasgó el velo y sumergió en las profundidades del espacio una mirada que algunos consideraron indiscreta,

los planetas aparecieron como simples mundos semejantes al nuestro, y el andamiaje de lo maravilloso se desmoronó.

Lo mismo sucede con el espiritismo en lo relativo a la magia y la hechicería, que se basaban también en la manifestación de los Espíritus, como la astrología en el movimiento de los astros; no obstante, como aquellas ignoraban las leyes que rigen el mundo espiritual, mezclaban con esas relaciones creencias y prácticas ridículas, con las cuales el espiritismo moderno, fruto de la experiencia y de la observación, nada tiene que ver. Por cierto, la distancia que separa al espiritismo de la magia y la hechicería es mayor que la que existe entre la astronomía y la astrología, o entre la química y la alquimia. Pretender confundirlos es demostrar que no se sabe ni una palabra al respecto.

20. La sola posibilidad de comunicarnos con los seres del mundo espiritual trae consecuencias incalculables de la mayor gravedad: es un mundo nuevo el que se nos revela, y que tiene tanta más importancia cuanto que a él habrán de regresar todos los hombres, sin excepción. Ese conocimiento no puede dejar de acarrear, al generalizarse, una profunda modificación en las costumbres, el carácter, los hábitos y las creencias, que tan grande influencia ejercen sobre las relaciones sociales. Es una revolución total la que se opera en las ideas, revolución tanto mayor y más poderosa cuanto que no está circunscripta a un pueblo ni a una casta, visto que alcanza simultáneamente, por el corazón, a todas las clases, a todas las nacionalidades, a todos los cultos.

Razón existe, pues, para que el espiritismo sea considerado la tercera gran revelación. Veamos en qué difieren esas revelaciones, y cuál es el vínculo que las relaciona entre sí.

21. MOISÉS, como profeta, reveló a los hombres el conocimiento de un Dios único, soberano Señor y creador de todas las cosas. Promulgó la ley del Sinaí y echó las bases de la verdadera fe. Como hombre, fue el legislador del pueblo a través del cual esa primitiva fe, depurada, habría de expandirse por toda la Tierra.

22. CRISTO, que tomó de la antigua ley lo que es eterno y divino, y desechó lo que era transitorio, meramente disciplinario y de concepción humana, agregó *la revelación de la vida futura*, de la que Moisés no había hablado, como también la de las penas y las recompensas que aguardan al hombre después de la muerte. (Véase la *Revista espírita*, marzo y septiembre de 1861, páginas 90 y 280.)

23. La parte más importante de la revelación del Cristo, en el sentido de primera fuente, de piedra angular de toda su doctrina, es el punto de vista absolutamente nuevo desde el cual permite que se considere a la Divinidad. Esta ya no es el Dios terrible, celoso, vengativo de Moisés; el Dios cruel e implacable que riega la tierra con sangre humana, que ordena la masacre y el exterminio de pueblos, sin exceptuar a las mujeres, a los niños y a los ancianos, y que castiga a quienes tratan con indulgencia a las víctimas. Ya no es el Dios injusto que escarmienta a todo un pueblo por la falta de su líder, que se venga del culpable en la persona del inocente, que daña a los hijos por las faltas de los padres; sino un Dios clemente, soberanamente justo y bueno, pleno de mansedumbre y misericordia, que perdona al pecador arrepentido y *da a cada uno según sus obras*. Ya no es el Dios de un único pueblo privilegiado, *el Dios de los ejércitos* que dirige los combates para sustentar su propia causa contra el Dios de los otros pueblos, sino el Padre común del género humano, que extiende su pro-

tección a todos sus hijos, y los convoca a todos hacia él. Ya no es el Dios que recompensa y castiga solamente con los bienes de la Tierra, y que hace consistir la gloria y la felicidad en la esclavitud de los pueblos rivales y en la multiplicidad de la progenie, sino un Dios que dice a los hombres: “Vuestra verdadera patria no está en este mundo, sino en el reino celestial, allí donde los humildes de corazón serán elevados y los orgullosos serán humillados”. Ya no es el Dios que hace de la venganza una virtud y ordena que se retribuya ojo por ojo, diente por diente, sino el Dios de misericordia que dice: “Perdonad las ofensas si queréis ser perdonados; haced el bien a cambio del mal; no hagáis a los demás lo que no queréis que os hagan”. Ya no es el Dios mezquino y meticuloso que impone, bajo las más rigurosas penas, el modo como quiere ser adorado, que se ofende por la falta de observancia de una fórmula, sino el Dios grande que ve las intenciones, y al que no se honra con la forma. En fin, ya no es el Dios que quiere ser temido, sino el Dios que quiere ser amado.

24. Por ser Dios el eje de todas las creencias religiosas, y el objetivo de todos los cultos, *el carácter de todas las religiones se halla conforme con la idea que estas tienen de Él*. Las que hacen de Dios un ser vengativo y cruel creen honrarlo con actos de crueldad, con hogueras y torturas; las que tienen un Dios parcial y celoso son intolerantes y, en mayor o menor medida, meticulosas en la forma, pues lo consideran más o menos contaminado con las debilidades y la frivolidad humanas.

25. Toda la doctrina del Cristo está fundada en el carácter que él atribuye a la Divinidad. Con un Dios imparcial, soberanamente justo, bueno y misericordioso, él pudo hacer del amor de Dios y de la caridad para con el prójimo la condición expresa de la salvación, y decir: *En esto consiste toda la ley y*

los profetas; no existe otra ley. Sobre esta única creencia pudo asentar el principio de la igualdad de los hombres ante Dios, así como el de la fraternidad universal.

Esta revelación de los verdaderos atributos de la Divinidad, junto con la de la inmortalidad del alma y de la vida futura, modificaba profundamente las relaciones mutuas entre los hombres, les imponía nuevas obligaciones, los hacía encarar la vida presente desde otro aspecto, y por eso mismo habría de reaccionar contra las costumbres y las relaciones sociales. Ese es, indiscutiblemente, por sus consecuencias, el punto principal de la revelación del Cristo, cuya importancia no fue suficientemente comprendida. Además, es lamentable decir que también es el punto del que la humanidad más se ha apartado, el que más ha ignorado en la interpretación de sus enseñanzas.

26. No obstante, Cristo agrega: “Muchas de las cosas que os digo, todavía no las podéis comprender, y muchas otras tendría que deciros, que no comprenderíais; por eso os hablo por parábolas; con todo, más adelante *os enviaré el Consolador; el Espíritu de Verdad, que restablecerá todas las cosas y os las explicará todas*”.

Si Cristo no dijo todo lo que hubiera podido decir, es porque consideró conveniente dejar ciertas verdades en la sombra, hasta que los hombres estuviesen en condiciones de comprenderlas. Como él mismo lo confesó, su enseñanza estaba incompleta, visto que anunció la llegada de aquel que debería completarla. Había previsto, entonces, que sus palabras serían despreciadas o mal interpretadas, y que los hombres se desviarían de su enseñanza; en suma, que destruirían lo que él había hecho, puesto que todas las cosas habrán de ser res-

tablecidas. Ahora bien, solo se *restablece* aquello que ha sido deshecho.

27. ¿Por qué él denomina *Consolador* al nuevo Mesías? Ese nombre, significativo y sin ambigüedad, encierra toda una revelación. Así, Cristo preveía que los hombres estarían necesitados de consuelo, lo que implica que sería insuficiente el que hallarían en la creencia que habrían de fundar. Tal vez nunca Cristo fue tan claro, tan explícito como en estas últimas palabras, a las cuales pocas personas prestaron la debida atención, probablemente porque evitaron interpretarlas y profundizar su sentido profético.

28. Si Cristo no pudo desarrollar su enseñanza de manera completa, se debió a que a los hombres les faltaban conocimientos que solo podrían adquirir con el tiempo, y sin los cuales no la comprenderían; muchas cosas habrían parecido absurdas en el estado de los conocimientos de entonces. “Completar su enseñanza” debe entenderse, pues, en el sentido de *explicarla* y *desarrollarla*, mucho más que en el de agregarle verdades nuevas, dado que en ella todo se encuentra en estado de germen. Faltaba la clave para captar el sentido de sus palabras.

29. Pero ¿quién se arroga el derecho de interpretar las Escrituras sagradas? ¿Quién tiene ese derecho? ¿Quiénes poseen las luces necesarias, si no son los teólogos?

¿Quién se atreve? En primer lugar, la ciencia, que no pide permiso a nadie para dar a conocer las leyes de la naturaleza, y salta sobre los errores y los prejuicios. ¿Quién tiene ese derecho? En este siglo de emancipación intelectual y de libertad de conciencia, el derecho de examen pertenece a todos, y las Escrituras ya no son el arca santa en la cual nadie se atrevía a introducir la punta de un dedo sin que corriera el riesgo de

ser fulminado. En cuanto a las luces especiales, necesarias, sin objetar las de los teólogos, y por más iluminados que fuesen los de la Edad Media y, en particular, los Padres de la Iglesia, ellos no lo eran lo suficiente para no condenar como herejía el movimiento de la Tierra y la creencia en las antípodas. Incluso sin ir tan lejos, los teólogos de nuestros días, ¿no han arrojado un anatema sobre la teoría de los períodos de formación de la Tierra?

Los hombres solo pudieron explicar las Escrituras con el auxilio de lo que sabían, de las nociones falsas o incompletas que tenían acerca de las leyes de la naturaleza, más tarde reveladas por la ciencia. Por esa razón los propios teólogos, de muy buena fe, se equivocaron acerca del sentido de ciertas palabras y de algunos hechos del Evangelio. Al querer a toda costa hallar en él la confirmación de una idea preconcebida, giraban siempre en el mismo círculo, sin abandonar su punto de vista, de modo que solo veían lo que querían ver. Por más sabios teólogos que fuesen, no podían comprender las causas dependientes de leyes que ignoraban.

Pero ¿quién habrá de juzgar las diferentes interpretaciones, muchas veces contradictorias, surgidas fuera de la teología? El futuro, la lógica y el buen sentido. Los hombres, cada vez más esclarecidos a medida que nuevos hechos y nuevas leyes se vayan revelando, sabrán apartar de la realidad los sistemas utópicos. Ahora bien, la ciencia da a conocer algunas leyes; el espiritismo da a conocer otras; todas son indispensables para la comprensión de los textos sagrados de todas las religiones, desde Confucio y Buda hasta el cristianismo. En cuanto a la teología, esta no podrá, juiciosamente, alegar contradicciones de la ciencia, dado que no siempre es coherente consigo misma.

30. El ESPIRITISMO, cuyo punto de partida está en las propias palabras del Cristo, como este partió de las de Moisés, es una consecuencia directa de la doctrina cristiana.

A la idea vaga de la vida futura agrega la revelación de la existencia del mundo invisible que nos rodea y puebla el espacio, y con eso determina en forma precisa la creencia; le da un cuerpo, una consistencia, una realidad en el pensamiento.

Define los lazos que unen el alma al cuerpo, y levanta el velo que ocultaba a los hombres los misterios del nacimiento y de la muerte.

Mediante el espiritismo el hombre sabe de dónde viene, hacia dónde va, por qué está en la Tierra, por qué sufre transitoriamente, y ve por todas partes la justicia de Dios.

Sabe que el alma progresa sin cesar, a través de una serie de existencias sucesivas, hasta que haya alcanzado el grado de perfección que la aproxima a Dios.

Sabe que todas las almas, como tienen un mismo punto de origen, son creadas iguales, con la misma aptitud para progresar, en virtud de su libre albedrío; que todas son de la misma esencia, y que no existe diferencia entre ellas, salvo en cuanto al progreso realizado; que todas tienen el mismo destino y alcanzarán la misma meta, más o menos rápidamente, conforme a su trabajo y su buena voluntad.

Sabe que no existen criaturas desheredadas, ni más favorecidas unas que otras; que Dios no creó a algunas ellas con privilegios, ni las dispensó del trabajo impuesto a las otras para que progresen; que no hay seres perpetuamente consagrados al mal y al sufrimiento; que aquellos a los que se designa con el nombre de *demonios* son Espíritus imperfectos y que todavía están atrasados, que practican el mal en el estado de Es-

píritus, como lo practicaban cuando eran hombres, pero que adelantarán y se perfeccionarán; que los ángeles o Espíritus puros no son seres aparte en la Creación, sino Espíritus que llegaron a la meta, después de haber recorrido palmo a palmo el camino del progreso; que de tal modo no hay creaciones múltiples de diferentes categorías entre los seres inteligentes, sino que toda la creación es el resultado de la gran ley de unidad que rige el universo; sabe, por último, que todos los seres gravitan hacia una meta común, que es la perfección, sin que unos sean favorecidos a expensas de otros, pues todos son hijos de sus propias obras.

31. Mediante las relaciones que ahora puede establecer con aquellos que dejaron la Tierra, el hombre posee no solamente la prueba material de la existencia y de la individualidad del alma, sino que también comprende la solidaridad que vincula a los vivos con los muertos de este mundo, y a los de este mundo con los de otros planetas. Conoce la situación de ellos en el mundo de los Espíritus; los acompaña en sus migraciones; es testigo de sus alegrías y sus penas; sabe por qué son felices o desdichados, y conoce la suerte que a él mismo le está reservada, según el bien o el mal que haya hecho. Esas relaciones lo inician en la vida futura, a la que puede observar en todas sus fases, en todas sus peripecias; el porvenir ya no es una vaga esperanza, sino un hecho positivo, una certeza matemática. Así, la muerte ya no tiene nada de aterrador para él, porque significa la liberación, la puerta de la verdadera vida.

32. Mediante el estudio de la situación de los Espíritus, el hombre sabe que la felicidad y la desdicha en la vida espiritual son inherentes al grado de perfección o de imperfección; que cada uno sufre las consecuencias directas y naturales de sus faltas o, dicho de otra manera, que es castigado por donde

pecó; que esas consecuencias duran tanto como la causa que las produjo; que, de ese modo, el culpable sufriría eternamente si persistiera siempre en el mal, pero que el sufrimiento cesa con el arrepentimiento y la reparación. Ahora bien, como el perfeccionamiento depende de cada uno, todos pueden, en virtud de su libre albedrío, prolongar o abreviar sus padecimientos, como el enfermo que sufre por sus excesos hasta tanto no les pone término.

33. Así como la razón rechaza, por considerarla incompatible con la bondad de Dios, la idea de las penas irremisibles, perpetuas y absolutas, a menudo infligidas por una única falta, al igual que la idea de los suplicios del Infierno, que ni siquiera pueden ser atenuados por el arrepentimiento más ardiente y más sincero, la misma razón se inclina delante de esa justicia distributiva e imparcial que toma todo en cuenta, que nunca cierra la puerta al arrepentimiento y tiende constantemente la mano al náufrago, en vez de empujarlo hacia el abismo.

34. La pluralidad de las existencias, cuyo principio Cristo estableció en el Evangelio, aunque no lo definió más que como lo hizo con muchos otros, es una de las leyes más importantes reveladas por el espiritismo, dado que este demuestra su realidad y su necesidad para el progreso. Con esta ley, el hombre explica todas las aparentes anomalías de la vida humana; sus diferencias en cuanto a la posición social; las muertes prematuras que, sin la reencarnación, tornarían inútiles para el alma las vidas de corta duración; la desigualdad de aptitudes intelectuales y morales, las cuales se deben a la antigüedad del Espíritu, que ha vivido más o menos, así como aprendido y progresado en mayor o menor medida, y que trae al renacer lo que conquistó en sus existencias anteriores. (Véase el § 5.)

35. Con la doctrina de la creación del alma en el instante del nacimiento, se cae en el sistema de las creaciones privilegiadas. Los hombres son extraños unos a otros, nada los une, los lazos de familia son puramente carnales. No son de ningún modo solidarios con un pasado en el que no existían. Con la doctrina de la nada después de la muerte, todas las relaciones cesan con la vida y, de ese modo, los hombres no son solidarios en el porvenir. Mediante la reencarnación, en cambio, son solidarios en el pasado y en el porvenir. Como sus relaciones se perpetúan tanto en el mundo espiritual como en el corporal, la fraternidad se basa en las leyes mismas de la naturaleza. El bien tiene un objetivo; y el mal, consecuencias inevitables.

36. Con la reencarnación desaparecen los prejuicios de razas y de castas, pues el mismo Espíritu puede volver a nacer rico o pobre, gran señor o proletario, jefe o subordinado, libre o esclavo, hombre o mujer. De todos los argumentos invocados contra la injusticia de la servidumbre y la esclavitud, contra la sujeción de la mujer a la ley del más fuerte, ninguno hay que aventaje en lógica al hecho material de la reencarnación. De ese modo, así como la reencarnación fundamenta en una ley de la naturaleza el principio de la fraternidad universal, también fundamenta en la misma ley el principio de la igualdad de los derechos sociales y, por consiguiente, el de la libertad.

Solo por el cuerpo los hombres nacen inferiores y subordinados; por el Espíritu, son iguales y libres. De ahí se infiere el deber de tratar a los inferiores con bondad, benevolencia y humanidad, porque el que hoy es nuestro subordinado, pudo haber sido nuestro igual o nuestro superior, tal vez un parien-

te o un amigo, y porque nosotros, a nuestra vez, podremos llegar a ser los subordinados de aquel a quien mandamos.

37. Quitad al hombre el Espíritu libre e independiente, que sobrevive a la materia, y haréis de él una simple máquina organizada, sin una meta, sin responsabilidad, sin otro freno aparte de la ley civil, y *buena para ser explotada* como un animal inteligente. Como no espera nada para después de la muerte, hace de todo a fin de aumentar los goces del presente. Si sufre, sólo tiene la perspectiva de la desesperación y la nada como refugio. Por el contrario, con la certeza del porvenir, con la convicción de encontrar nuevamente a aquellos a quienes amó, y con *el temor de volver a ver a quienes ofendió*, todas sus ideas cambian. Aunque el espiritismo sólo sirviera para liberar al hombre de la duda acerca de la vida futura, habría hecho más por su perfeccionamiento moral que todas las leyes disciplinarias, que a veces le ponen freno, pero no lo transforman.

38. Sin la preexistencia del alma, la doctrina del pecado original no solamente sería inconciliable con la justicia de Dios, sino que haría a todos los hombres responsables de la falta de uno solo; sería un contrasentido, y tanto menos justificable porque el alma no existía en la época a la que se pretende hacer remontar su responsabilidad. En cambio, con la preexistencia y la reencarnación, el hombre trae al renacer el germen de sus imperfecciones pasadas, de los defectos de los que no se ha corregido, y que se traducen en sus instintos naturales, en sus inclinaciones hacia tal o cual vicio. Ese es su verdadero pecado original, cuyas consecuencias sufre naturalmente, pero con la diferencia capital de que lleva consigo la pena de sus propias faltas, y no la de las faltas cometidas por otros. Además, existe otra diferencia, al mismo tiempo conso-

ladora, alentadora y soberanamente equitativa, según la cual cada existencia le ofrece los medios para redimirse a través de la reparación, así como para progresar, ya sea despojándose de alguna imperfección o adquiriendo nuevos conocimientos, hasta que, al hallarse suficientemente purificado, ya no necesite la vida corporal y pueda vivir exclusivamente la vida espiritual, eterna y bienaventurada.

Por la misma razón, aquel que ha progresado moralmente trae, al renacer, cualidades nativas, así como quien ha progresado intelectualmente es portador de ideas innatas. Identificado con el bien, lo practica sin esfuerzo, sin cálculo y, por así decirlo, sin pensar en ello. Aquel que está obligado a combatir sus malas tendencias se halla todavía en la lucha; el primero ya triunfó, el segundo está a punto de triunfar. Existe, pues, la *virtud original*, como existe el *saber original*, y el *pecado* o, mejor dicho, el *vicio original*.

39. El espiritismo experimental estudió las propiedades de los fluidos espirituales y su acción sobre la materia. Ha demostrado la existencia del *periespíritu*, sobre el cual había sospechas desde la Antigüedad, y que san Pablo denominó *cuerpo espiritual*, es decir, cuerpo fluídico del alma después de la destrucción del cuerpo tangible. Se sabe hoy que esa envoltura es inseparable del alma; que es uno de los elementos constitutivos del ser humano; que es el vehículo de la transmisión del pensamiento y que, durante la vida del cuerpo, sirve de lazo entre el Espíritu y la materia. El periespíritu representa un rol tan importante en el organismo y en una cantidad de afecciones, que se liga a la fisiología tanto como a la psicología.

40. El estudio de las propiedades del periespíritu, de los fluidos espirituales y de los atributos fisiológicos del alma,

abre nuevos horizontes a la ciencia y aporta la clave de una infinidad de fenómenos incomprensibles hasta hoy, pues faltaba el conocimiento de la ley que los rige; fenómenos que el materialismo niega, debido a que se hallan vinculados con la espiritualidad, y que otras creencias califican como milagros o sortilegios. Tales son, entre otros, el fenómeno de la doble vista, la visión a distancia, el sonambulismo natural y el artificial, los efectos psíquicos de la catalepsia y la letargia, la presciencia, los presentimientos, las apariciones, las transfiguraciones, la transmisión del pensamiento, la fascinación, las curas instantáneas, las obsesiones y posesiones, etc. Al demostrar que esos fenómenos reposan en leyes tan naturales como las de los fenómenos eléctricos, y las condiciones normales en que se pueden reproducir, el espiritismo destruye el imperio de lo maravilloso y lo sobrenatural y, por consiguiente, la fuente de la mayor parte de las supersticiones. Así como lleva a la creencia en la posibilidad de ciertas cosas que algunos consideran quiméricas, también impide que se crea en muchas otras, pues demuestra su imposibilidad e irracionalidad.

41. Lejos de negar o destruir el Evangelio, el espiritismo viene, por el contrario, a confirmar, explicar y desarrollar, por medio de las nuevas leyes de la naturaleza, que él revela, todo lo que el Cristo dijo e hizo. El espiritismo elucida los puntos oscuros de la enseñanza cristiana, de tal manera que, con su auxilio, aquellos para quienes ciertas partes del Evangelio eran ininteligibles, o parecían *inadmisibles*, las comprenden sin dificultad y las admiten; ven mejor su alcance y pueden distinguir entre la realidad y la alegoría; Cristo les parece más importante: ya no es simplemente un filósofo, sino un Mesías divino.

42. Además, si se considera el poder moralizador del espiritismo, por la finalidad que confiere a todas las acciones de la vida; por las consecuencias del bien y del mal que hace tangibles; por la fuerza moral, el coraje y el consuelo que da en las aflicciones, mediante una inalterable confianza en el porvenir; por la idea de que cada uno tiene cerca de sí a los seres a quienes amó, así como la certeza de volver a verlos y la posibilidad de conversar con ellos; en fin, por la convicción de que todo cuanto se ha hecho, cuanto se ha conquistado en inteligencia, saber y moralidad, *hasta la última hora de la vida*, no se ha perdido, sino que beneficia al adelanto del Espíritu, se reconoce que el espiritismo realiza todas las promesas del Cristo respecto del *Consolador* anunciado. Ahora bien, como el *Espíritu de Verdad* es quien preside el gran movimiento regenerador, la promesa de su advenimiento se encuentra de esa forma cumplida, porque, de hecho, él es el verdadero *Consolador*³.

-
3. Muchos padres de familia deploran la muerte prematura de sus hijos, para cuya educación realizaron grandes sacrificios, y se dicen a sí mismos que nada de eso les aprovechó. Con el espiritismo, sin embargo, no lamentan esos sacrificios, y estarían dispuestos a volver a hacerlos, incluso con la certeza de que verían morir a sus hijos, porque saben que si estos no la aprovechan en la vida presente, esa educación servirá, primero que todo, para su adelanto como Espíritus; además de eso, serán conquistas nuevas para otra existencia y, cuando regresen a este mundo, tendrán un patrimonio intelectual que los hará más aptos para adquirir nuevos conocimientos. Tales son esos niños que al nacer traen ideas innatas, que saben, por así decirlo, sin necesidad de aprender. Si, como padres, no tienen la satisfacción inmediata de ver que sus hijos aprovechan la educación que les han dado, lo gozarán por cierto más adelante, sea como Espíritus o como hombres. Tal vez sean ellos de nuevo los padres de esos mismos hijos, que se presentan como afortunadamente dotados por la naturaleza, y que deben sus aptitudes a una educación precedente. Así también, si los hijos se desvían hacia el mal por la negligencia de

43. Si a estos resultados agregamos la rapidez extraordinaria con que se propaga el espiritismo, a pesar de todo lo que se ha hecho para demolerlo, no se podrá negar que su llegada es providencial, visto que triunfa por encima de todas las fuerzas y de toda la mala voluntad de los hombres. La facilidad con que lo acepta tan grande número de personas, sin obligación alguna, apenas por el poder de la idea, prueba que responde a una necesidad: la de que el hombre crea en algo para llenar el vacío abierto por la incredulidad, y que, por lo tanto, ha venido en el momento preciso.

44. Los afligidos existen en gran número. Así pues, no debe causar sorpresa que tantas personas elijan una doctrina que consuela, de preferencia a las que llevan a que se pierda la esperanza; porque a los desheredados, más que a los felices del mundo, se dirige el espiritismo. El enfermo ve llegar al médico con mayor satisfacción que quien está bien de salud; ahora bien, los afligidos son los enfermos, y el Consolador es el médico.

Vosotros, que combatís al espiritismo, si queréis que lo abandonemos para seguiros, dadnos más y mejor que él; curad con mayor seguridad las heridas del alma. Dad más consuelo, más satisfacciones al corazón, esperanzas más legítimas, mayores certezas; haced del porvenir un panorama más racional, más seductor. Con todo, no supongáis que habréis de derrotarlo, unos con la perspectiva de la nada, y otros con la alternativa de las llamas del Infierno, o con la plácida e inútil contemplación perpetua.

los padres, estos pueden sufrir más tarde los disgustos y los pesares que aquellos les suscitarán en una nueva existencia. Véase *El Evangelio según el espiritismo*, Capítulo V, § 21: "Muertes prematuras". (N. de Allan Kardec.)

45. La primera revelación estuvo personificada por Moisés, la segunda por el Cristo, pero la tercera no está personificada por ningún individuo. Las dos primeras son individuales, la tercera es colectiva; ese es un carácter esencial de suma importancia. Es colectiva en el sentido de que no fue hecha como privilegio para nadie en particular; nadie, por consiguiente, puede atribuirse la condición de ser su profeta en exclusividad. Ha sido esparcida simultáneamente sobre toda la Tierra, a millones de personas, de todas las edades, de todos los tiempos y de todas las condiciones, desde la más baja hasta la más alta de la escala, según esta predicción registrada por el autor de los *Hechos de los Apóstoles*: “En los últimos tiempos, dijo el Señor, derramaré de mi espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes tendrán visiones, y vuestros ancianos soñarán”. No provino de ningún culto en especial, a fin de que un día sirva a todos de punto de unión⁴.

-
4. Nuestro rol personal, en el gran movimiento de ideas que se prepara mediante el espiritismo, y que ya comienza a operarse, es el de un observador atento, que estudia los hechos para descubrir su causa y extraer de ellos las consecuencias. Hemos confrontado todos los hechos que nos ha sido posible reunir; comparamos y comentamos las instrucciones que los Espíritus dieron en todos los puntos del globo, y después coordinamos metódicamente el conjunto; en suma, hemos estudiado y dimos al público el fruto de nuestras investigaciones, sin que atribuyéramos a nuestra tarea mayor valor que el de una obra filosófica deducida de la observación y la experiencia, sin que nunca nos hayamos considerado el jefe de la doctrina, ni procuráramos imponer nuestras ideas a nadie. Al publicarlas, hemos hecho uso de un derecho común, y aquellos que las aceptaron lo han hecho libremente. Si esas ideas encontraron numerosas simpatías, se debe a que tuvieron la ventaja de corresponder a las aspiraciones de un importante número de personas, y de eso no nos envanecemos de ningún modo, ya que su origen no nos pertenece. Nuestro mayor mérito es el de la perseverancia y la dedicación a la causa

46. Las dos primeras revelaciones, por ser fruto de una enseñanza personal, quedaron forzosamente localizadas, es decir, aparecieron en un solo punto, en torno al cual la idea se propagó poco a poco; pero fueron necesarios muchos siglos para que alcanzasen los extremos del mundo, y aun así no lo invadieron por completo. La tercera revelación tiene la particularidad de que, al no estar personificada por un individuo, surgió simultáneamente en millares de puntos diferentes, que se convirtieron en centros o focos de irradiación. Al multiplicarse esos centros, sus rayos se reúnen poco a poco, como los círculos formados por una enorme cantidad de piedras lanzadas al agua; de tal manera que, en un plazo determinado, acabarán por cubrir toda la superficie del globo.

Esa es una de las causas de la rápida propagación de la doctrina. Si esta hubiese surgido en un solo punto, si fuese obra exclusiva de un hombre, se habrían formado sectas alrededor suyo, y tal vez habría transcurrido medio siglo sin que se alcanzaran los límites del país donde hubiera comenzado, en tanto que después de diez años ya ha plantado jalones de un polo al otro.

47. Esa circunstancia, nunca vista en la historia de las doctrinas, otorga al espiritismo una fuerza excepcional y un poder de acción irresistible. De hecho, aunque lo persigan en un punto, en un determinado país, será materialmente imposible que lo hagan en todas partes y en todos los países. Por cada lugar donde obstaculicen su marcha, habrá otros mil donde florecerá. Más aún, si lo atacan en un individuo, no podrán

que hemos abrazado. En todo eso, hemos hecho lo que cualquier otro podría haber hecho en nuestro lugar, razón por la cual nunca hemos tenido la pretensión de considerarnos profeta o mesías ni, menos aún, de presentarnos como tal. (N. de Allan Kardec.)

hacerlo en los Espíritus, que son la fuente de donde proviene. Ahora bien, como los Espíritus están en todas partes y existirán siempre, si por una eventualidad consiguiesen reprimirlo en todo el planeta, reaparecería poco tiempo después, porque se basa en *un hecho que está en la naturaleza*, y las leyes de la naturaleza no se pueden reprimir. De esto deben convencerse aquellos que sueñan con la aniquilación del espiritismo. (Véase la *Revista espírita*, febrero de 1865, pág. 38: “Perpetuidad del espiritismo”).)

48. Sin embargo, a pesar de la diseminación de esos centros de irradiación, estos aún podrían permanecer aislados unos de otros durante mucho tiempo, o confinados en países lejanos, como sucede con algunos de ellos. Hacía falta entre esos centros un vínculo que los pusiera en comunión de pensamientos con sus hermanos de creencia, para mantenerlos informados de lo que ocurría en otros lugares. Ese vínculo, que en la antigüedad podría haber faltado al espiritismo, hoy se encuentra en las publicaciones que van a todas partes, y que condensan en una forma única, concisa y metódica, la enseñanza que se brinda en todas partes de múltiples maneras, y en diversas lenguas.

49. Las dos primeras revelaciones sólo podían ser el resultado de una enseñanza directa. Debían ser impuestas por la fe mediante la autoridad de la palabra de un maestro, pues los hombres no estaban todavía suficientemente adelantados para cooperar en su elaboración.

No obstante, se percibe entre las dos una muy sensible diferencia, debida al progreso de las costumbres y las ideas, aunque hayan sido hechas al mismo pueblo y en el mismo medio, pero con dieciocho siglos de intervalo. La doctrina de Moisés es absoluta, despótica; no admite discusión y se impone al

pueblo por la fuerza. La de Jesús es esencialmente *consejera*; es aceptada libremente y solo se impone por la persuasión; dio motivo a controversias aun en vida de su fundador, que no despreció la discusión con sus adversarios.

50. La tercera revelación llega en una época de emancipación y madurez intelectual, cuando la inteligencia, ya desarrollada, no se conforma con representar un rol pasivo, y cuando el hombre no acepta nada a ciegas, sino que quiere ver a dónde lo conducen, quiere saber el porqué y el cómo de cada cosa. Por eso, esta revelación tenía que ser al mismo tiempo el producto de una enseñanza y el fruto del trabajo, de la investigación y el libre examen. Los Espíritus solo enseñan aquello que es necesario para guiar al hombre en el camino de la verdad, pero se abstienen de revelarle lo que el hombre puede descubrir por sí mismo, pues le dejan la incumbencia de discutir, examinar y someter todo al tamiz de la razón, dando lugar incluso, muchas veces, a que adquiera experiencia por su propia iniciativa. Los Espíritus proporcionan el principio, los elementos, y al hombre le corresponde aprovecharlos y ponerlos en acción. (Véase el § 15.)

51. Dado que los elementos de la revelación espírita fueron suministrados simultáneamente y en muchos puntos, a hombres de todas las condiciones sociales y de diversos grados de instrucción, es evidente que las observaciones no podían ser hechas en todas partes con el mismo resultado; que las consecuencias a extraer, la deducción de las leyes que rigen ese orden de fenómenos, en suma, la conclusión sobre la que debían asentarse las ideas, no podían surgir sino del conjunto y de la correlación de los hechos. Ahora bien, cada centro aislado, circunscripto a un círculo restringido, al no ver con frecuencia más que un orden particular de hechos, algunas

veces contradictorios en apariencia, tratando generalmente con la misma categoría de Espíritus y, además de eso, limitado por influencias locales y partidarias, se encontraba en la imposibilidad material de abarcar el conjunto y, por eso mismo, de unificar las observaciones aisladas en un principio común. Como cada uno apreciaba los hechos según el punto de vista de sus conocimientos y creencias previos, o según la opinión particular de los Espíritus que se manifestaban, pronto habrían aparecido tantas teorías y tantos sistemas como cantidad de centros, y ninguno de ellos habría podido ser completo, por falta de elementos de comparación y examen. En una palabra, cada uno se habría quedado con su revelación parcial, convencido de poseer toda la verdad, por no saber que en otros cien lugares se conseguía más y mejor.

52. Por otra parte, es conveniente señalar que en ningún lugar la enseñanza espírita ha sido suministrada de manera completa. Abarca una cantidad tan grande de observaciones, de asuntos tan diferentes -que requieren conocimientos y aptitudes mediúmnicas especiales-, que sería imposible que estuvieran reunidas en el mismo punto todas las condiciones necesarias. La enseñanza debía ser colectiva, no individual, de modo que los Espíritus dividieron el trabajo y distribuyeron los temas de estudio y observación, del mismo modo que en algunas fábricas la realización de cada parte de un mismo objeto es repartida entre diferentes obreros.

De ese modo, la revelación se hizo de manera parcial, en diferentes lugares y con una multitud de intermediarios, y de esa manera prosigue todavía, pues no todo ha sido revelado. Cada centro encuentra, en los otros centros, el complemento de lo que obtiene, y ha sido el conjunto, la coordinación de

todas las enseñanzas parciales, lo que constituyó la *doctrina espírita*.

Era necesario, pues, agrupar los hechos dispersos, para verificar su correlación, así como reunir los diversos documentos, las instrucciones suministradas por los Espíritus en los distintos puntos y acerca de todos los asuntos, a fin de compararlas, analizarlas, estudiar sus analogías y diferencias. Como las comunicaciones provienen de Espíritus que pertenecen a todas las categorías y son portadores de mayor o menor ilustración, hacía falta apreciar el grado de confianza que la razón podía concederles, distinguir las ideas sistemáticas individuales o aisladas de aquellas que tenían la sanción de la enseñanza general de los Espíritus, distinguir las utopías de las ideas prácticas, apartar las que eran evidentemente desmentidas por los datos de la ciencia positiva y de la lógica, y utilizar también los errores, las informaciones suministradas incluso por los Espíritus de la más baja categoría, para tomar conocimiento del estado del mundo invisible y crear con ello un todo homogéneo. H hacía falta, en una palabra, un centro de elaboración independiente de las ideas preconcebidas, de los prejuicios de secta, *dispuesto a aceptar la verdad convertida en evidencia, aunque fuera contraria a las opiniones personales*. Ese centro se formó por sí mismo, por la fuerza de las circunstancias y *sin un designio premeditado*⁵.

-
5. *El libro de los Espíritus*, la primera obra que puso al espiritismo en el camino de la filosofía, mediante la deducción de las consecuencias morales a partir de los hechos, y que abordó todas las partes de la doctrina, pues trató las cuestiones más importantes que ella suscita, fue desde su aparición el punto hacia el cual convergieron espontáneamente los trabajos individuales. Es notorio que de la publicación de ese libro data la era del espiritismo filosófico, pues hasta entonces el espiritismo se conservaba en el dominio de las experiencias realizadas por curiosidad. Si ese libro

53. De ese estado de cosas resultó una doble corriente de ideas: las unas, dirigiéndose desde los extremos hacia el centro; las otras, encaminándose desde el centro hacia la periferia. De ese modo, la doctrina avanzó rápidamente hacia la unidad, a pesar de la diversidad de las fuentes en que se originó; los sistemas discordantes se derrumbaron poco a poco, debido al aislamiento en que quedaron en relación con el ascendiente de la opinión de la mayoría, pues no hallaron una repercusión afín. A partir de entonces, se estableció una comunión de pensamientos entre los diferentes centros parciales. Como hablan el mismo lenguaje espiritual, se comprenden y se estiman de un extremo al otro del mundo.

Los espíritas se sintieron fortalecidos y lucharon con más valor, caminaron con paso más firme a partir de que ya no se vieron aislados y sintieron que existía un punto de apoyo, un lazo que los unía a la gran familia. Los fenómenos que pre-

conquistó las simpatías de la mayoría, se debe a que expresaba los sentimientos de dicha mayoría y se correspondía con sus aspiraciones, y a que representaba también la confirmación y la explicación racional de lo que cada uno obtenía de modo particular. Si hubiera estado en desacuerdo con la enseñanza general de los Espíritus, de inmediato habría caído en el descrédito y en el olvido. Ahora bien, ¿cuál ha sido ese punto de convergencia? Por cierto, no fue el hombre, que no vale nada de por sí, instrumento esencial que muere y desaparece, sino la idea, que no perece cuando emana de una fuente superior al hombre.

Esa espontánea concentración de fuerzas dispersas suscitó una amplísima correspondencia, monumento único en el mundo, panorama vivo de la verdadera historia del espiritismo moderno, donde se reflejan al mismo tiempo los trabajos parciales, los sentimientos múltiples que la doctrina ha dado a luz, las consecuencias morales, la dedicación y las deserciones; archivos valiosos para la posteridad, que podrá juzgar a los hombres y las cosas a través de documentos auténticos. Ante esos testimonios irrecusables, ¿a qué se reducirán con el tiempo los falsos alegatos, las difamaciones de la envidia y de los celos? (N. de Allan Kardec.)

senciaban ya no les parecían extraños, ni tampoco anormales o contradictorios, puesto que pudieron asociarlos con las leyes generales de armonía, abarcaron la totalidad del edificio y descubrieron una finalidad trascendente y humanitaria en el conjunto⁶.

-
6. Un testimonio significativo, tan notable como conmovedor, de esa comunión de pensamientos que se estableció entre los espíritas por la conformidad de sus creencias, son los pedidos de plegarias que nos llegan de las regiones más distantes, desde el Perú hasta los límites de Asia, formulados por personas de religiones y nacionalidades diferentes, y a las cuales nunca hemos visto. ¿No es eso un preludio de la gran unificación que se prepara? ¿No es la prueba de que por todas partes el espiritismo echa raíces sólidas?

Es digno de hacer notar que, de todos los grupos que se han formado con la intención premeditada de provocar una escisión mediante la proclama de principios divergentes, así como de todos aquellos que, apoyados en razones de amor propio u otras cualesquiera para no parecer que se someten a la ley común, se consideran suficientemente fuertes para caminar solos, dotados de las luces necesarias para prescindir de los consejos, ninguno llegó a elaborar una idea que fuese preponderante y viable. Todos se extinguieron o vegetaron en la sombra. No podía ser de otro modo, visto que, para encumbrarse, en vez de esforzarse por proporcionar la mayor suma de satisfacciones, rechazaron precisamente los principios de la doctrina que le dan el más poderoso atractivo, los más consoladores, alentadores y racionales. Si hubiesen comprendido la fuerza de los elementos morales que constituyeron la unidad, no se habrían engañado con ilusiones quiméricas. En cambio, al confundir con el universo el reducido círculo que constituían, no vieron en los adeptos más que una camarilla que fácilmente podía ser derribada por otra camarilla. Se equivocaron de modo singular en lo atinente a los caracteres esenciales de la doctrina, y ese error sólo podía acarrear decepciones. En lugar de romper la unidad, quebraron el único vínculo que podía darles fuerza y vitalidad. (Véase la *Revista espírita*, abril de 1866, páginas 106 y 111: “El espiritismo sin los Espíritus” y “El espiritismo independiente”). (N. de Allan Kardec.) Las páginas citadas corresponden a la edición francesa. (N. del T.)

Sin embargo, ¿cómo podemos saber si un principio se enseña en todas partes o si sólo es el resultado de una opinión individual? Dado que los grupos aislados no estaban en condiciones de saber lo que se sostenía fuera de ellos, era necesario que un centro reuniese todas las instrucciones, para proceder a una especie de depuración de las voces y poner en conocimiento de todos la opinión de la mayoría⁷.

54. No existe ninguna ciencia que haya salido concluida del cerebro de un hombre. Todas, sin excepción, son el producto de observaciones sucesivas, apoyadas en observaciones precedentes, como en un punto conocido para llegar a lo desconocido. Así han procedido los Espíritus con respecto al espiritismo, razón por la cual la enseñanza que impartieron es gradual. Ellos no abordan las cuestiones sino a medida que los principios en que se apoyan estén suficientemente elaborados, y la opinión haya alcanzado la madurez necesaria para asimilarlos. También debemos tomar en cuenta que todas las veces que los centros particulares han intentado tratar de modo prematuro algunas cuestiones, no han obtenido más que respuestas contradictorias, nada concluyentes. En cambio, cuando llega el momento oportuno, la enseñanza es completamente idéntica en casi todos los centros.

7. Ese es el objetivo de nuestras publicaciones, que pueden ser consideradas el resultado de dicha depuración. En ellas todas las opiniones son discutidas, pero las cuestiones solamente son presentadas en forma de principios después de que han recibido la consagración de todos los exámenes, pues solo ellos pueden otorgar a esos principios fuerza de ley y dar lugar a afirmaciones categóricas. Por esa razón no preconizamos apresuradamente ninguna teoría, y es por eso que la doctrina, al ser consecuencia de la enseñanza general, no representa el producto de un sistema preconcebido. También es eso lo que la hace fuerte y garantiza su porvenir. (N. de Allan Kardec.)

Con todo, existe una diferencia sustancial entre el avance del espiritismo y el de las ciencias: la de que estas no han alcanzado el punto al que llegaron sino después de largos intervalos, mientras que al espiritismo le bastaron unos pocos años, si no para subir hasta el punto culminante, al menos para recoger una cantidad de observaciones suficientemente importante para constituir una doctrina. Ese hecho resulta de la inmensa multitud de Espíritus que, por voluntad de Dios, se manifestaron simultáneamente, aportando cada uno el caudal de sus conocimientos. De ahí resultó que todas las partes de la doctrina, en vez de que fueran elaboradas sucesivamente a lo largo de muchos siglos, lo han sido casi al mismo tiempo, en unos pocos años, y bastó con reunir las para que conformaran un todo.

Dios quiso que fuese así, en primer término, para que el edificio llegase más rápidamente a su culminación; y luego, para que se pudiera, por medio de la comparación, tener un control de alguna manera inmediato y permanente de la universalidad de la enseñanza. Dado que ninguna de sus partes tiene valor ni *autoridad* más que por su conexión con el conjunto, todas deben armonizarse, luego de que cada una llegue en su momento y se ubique en el lugar que le corresponde.

Como Dios no confió a un solo Espíritu el encargo de promulgar la doctrina espírita, quiso asimismo que tanto el más pequeño como el más grande, fuera entre los Espíritus como entre los hombres, aportase su piedra al edificio, a fin de que se estableciera entre ellos un lazo de solidaridad cooperativa que le faltó a todas las doctrinas provenientes de una fuente única.

Por otro lado, dado que cada uno de los Espíritus, al igual que cada uno de los hombres, sólo disponen de una limitada

porción de conocimientos, individualmente no tenían aptitudes para tratar *ex profeso* las numerosas cuestiones inherentes al espiritismo. A eso se debe también que la doctrina, en cumplimiento de los designios del Creador, no podía ser obra ni de un solo Espíritu ni de un solo médium. Debía salir del conjunto de los trabajos, corroborados unos con otros⁸.

55. Un último carácter de la revelación espírita, que surge de las propias condiciones que le dan origen, es que, dado que se apoya en hechos, tiene que ser, y no puede dejar de ser, esencialmente progresiva, como todas las ciencias de observación. Por su esencia, se alía con la ciencia, que, como constituye la enunciación de las leyes de la naturaleza respecto de un cierto orden de hechos, no puede contrariar la voluntad de Dios, autor de esas leyes. *Los descubrimientos que realiza la ciencia, lejos de rebajar a Dios, lo glorifican; sólo destruyen lo que los hombres han edificado sobre las falsas ideas que se formaron acerca de Dios.*

El espiritismo, por consiguiente, no establece como principio absoluto más que lo que ha sido demostrado con evidencia, o lo que se deduce lógicamente de la observación. Conectado con todas las ramas de la economía social, a las cuales presta el apoyo de sus propios descubrimientos, asimilará siempre todas las doctrinas progresivas, sea cual fuere el orden al que pertenezcan, siempre que hayan alcanzado el estado de *verdades prácticas* y abandonado el dominio de la utopía, pues sin ello se aniquilaría. Si dejara de ser lo que es, defraudaría a su origen y a su objetivo providencial. *Al avan-*

8. Véase, en *El Evangelio según el espiritismo*, “Introducción”, § II, y en la *Revista espírita* de abril de 1864, pág. 90: “Autoridad de la doctrina espírita. Control universal de la enseñanza de los Espíritus”. (N. de Allan Kardec.) La página citada corresponde a la edición francesa. (N. del T.)

zar con el progreso, el espiritismo jamás será superado, porque si nuevos descubrimientos le demostraran que está equivocado acerca de algún punto, habría de rectificarse en ese punto. Si alguna verdad nueva se revelara, él la aceptaría⁹.

56. ¿Cuál es la utilidad de la doctrina moral de los Espíritus, visto que no es otra que la de Cristo? ¿Necesita el hombre una revelación? ¿No puede encontrar en sí mismo todo lo que precisa para conducirse bien?

Desde el punto de vista moral, no cabe duda de que Dios otorgó al hombre una guía en su conciencia, que le dice: “No hagas a los demás lo que no quieras que ellos te hagan”. Por cierto, la moral natural está inscrita en el corazón de los hombres, pero ¿saben todos leerla en ese libro? ¿Acaso nunca han despreciado sus sabios preceptos? ¿Qué han hecho de la moral del Cristo? ¿Cómo la practican aquellos mismos que la enseñan? ¿No se ha convertido en letra muerta, en una hermosa teoría, buena para los demás y no para uno mismo? ¿Reprocharéis a un padre que repita a sus hijos diez veces, cien veces las mismas instrucciones, si ellos no las cumplen? ¿Por qué Dios haría menos que un padre de familia? ¿Por qué no habría de enviar, de tanto en tanto, mensajeros especiales a los hombres, para recordarles sus deberes y llevarlos de nuevo por la senda del bien, cuando se apartan de ella? ¿Por qué no

9. Ante declaraciones tan precisas y categóricas como las contenidas en este capítulo, caen por tierra todas las objeciones de tendencia al absolutismo y a la autocracia de los principios, así como todas las falsas interpretaciones que algunas personas desconfiadas o mal informadas atribuyen a la doctrina. Esas declaraciones, por otra parte, no son novedosas: las hemos reiterado muchísimas veces en nuestros escritos, para que no subsista ninguna duda al respecto. Además, ellas nos muestran el verdadero rol que nos corresponde, el único al que aspiramos: el de un simple trabajador. (N. de Allan Kardec.)

abrirles los ojos de la inteligencia a los que los tienen cerrados, así como los hombres más adelantados envían misioneros a los salvajes y a los bárbaros?

Los Espíritus enseñan la moral del Cristo porque no existe otra mejor. Pero entonces, ¿de qué sirve su enseñanza, si solo repiten lo que ya sabemos? Otro tanto se podría decir de la moral del Cristo, predicada quinientos años antes de él por Sócrates y Platón, y en términos casi idénticos. Lo mismo se podría decir también de todos los moralistas, que no hacen más que repetir lo mismo en todos los tonos y de todas las maneras. ¡Pues bien! *Los Espíritus vienen, muy simplemente, a aumentar el número de moralistas*, con la diferencia de que, al manifestarse por todas partes, se hacen oír tanto en la choza como en el palacio, tanto por los ignorantes como por las personas instruidas.

Lo que la enseñanza de los Espíritus agrega a la moral del Cristo es el conocimiento de los principios que rigen las relaciones entre los muertos y los vivos, principios que completan las nociones vagas que él había dado acerca del alma, de su pasado y de su porvenir, dando por sanción a la doctrina cristiana las leyes mismas de la naturaleza. Con la ayuda de las nuevas luces que el espiritismo y los Espíritus han aportado, el hombre comprende la solidaridad que vuelve a unir a todos los seres; la caridad y la fraternidad se convierten en una necesidad social; él hace por convicción lo que antes hacía sólo por deber, y lo hace mejor.

Cuando los hombres practiquen la moral del Cristo, solo entonces podrán afirmar que ya no precisan moralistas encarnados ni desencarnados. Ahora bien, en ese caso Dios tampoco les enviará ninguno más.

57. Una de las cuestiones más importantes, entre las propuestas al comienzo de este capítulo, es la siguiente: ¿Qué autoridad tiene la revelación espírita, puesto que emana de seres de limitadas luces, que no son infalibles?

La objeción sería procedente si esa revelación consistiese solo en la enseñanza de los Espíritus, si debiésemos recibirla exclusivamente de ellos, así como admitirla con los ojos cerrados. Pero pierde todo su valor desde el momento en que el hombre contribuye a esa revelación con su inteligencia y su juicio; desde que los Espíritus se limitan a orientarlo en las deducciones que él mismo puede extraer de la observación de los hechos. Ahora bien, las manifestaciones, en sus innumerables variedades, son hechos, a los que el hombre estudia en busca de deducir su ley, y en esa tarea recibe la ayuda de los Espíritus de todas las categorías, que de ese modo hacen las veces de *colaboradores* más que de *reveladores*, en el sentido habitual del término. El hombre somete los conceptos de los Espíritus al control de la lógica y el buen sentido, y de esa manera recibe el beneficio de los conocimientos especiales con que cuentan los Espíritus por la posición que ocupan, pero sin abdicar del empleo de su propio razonamiento.

Puesto que los Espíritus no son más que las almas de los hombres, al comunicarnos con ellos *no salimos fuera de la humanidad*, lo cual es una circunstancia primordial que debe ser considerada. Así pues, los hombres de genio, que han sido faros de la humanidad, salieron del mundo de los Espíritus, y hacia él volvieron al dejar la Tierra. Si se considera que los Espíritus pueden comunicarse con los hombres, esos mismos genios pueden darles instrucciones en el estado espiritual, del mismo modo que lo han hecho cuando tenían una forma corporal. Pueden instruirnos, después de muertos, tal como lo

hacían cuando estaban vivos. En vez de visibles, son invisibles, y esa es la única diferencia. La experiencia y el saber de que disponen no deben ser menores que antes, y si su palabra como hombres tenía autoridad, no hay razón para que ahora no la tenga, por el solo hecho de que se encuentren en el mundo de los Espíritus.

58. Con todo, no solo los Espíritus superiores se manifiestan, sino también los de todas las categorías, y era necesario que así sucediera, para iniciarnos en lo que respecta al verdadero carácter del mundo espiritual, y para mostrarnos ese mundo en todas sus facetas. De ahí resulta que son más íntimas las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible, y es más evidente la conexión entre ambos. De ese modo, vemos más claramente de dónde venimos y hacia dónde vamos. Tal es el objetivo esencial de esas manifestaciones. Por consiguiente, todos los Espíritus, sea cual fuere el grado de elevación en que se encuentren, nos enseñan algo; pero como son más o menos esclarecidos, nos corresponde a nosotros discernir qué hay de bueno o de malo en ellos, y extraer todo el provecho posible de la enseñanza que nos imparten. Ahora bien, todos los Espíritus, cualesquiera que sean, nos pueden enseñar o revelar cosas que ignoramos y que sin ellos nunca llegaríamos a saber.

59. No cabe duda de que los grandes Espíritus encarnados son individualidades poderosas, pero su acción está restringida, y la propagación de sus enseñanzas es necesariamente lenta. Si en la actualidad viniese uno solo de ellos, aunque se tratara de Elías o Moisés, de Sócrates o Platón, a revelar a los hombres las condiciones del mundo espiritual, ¿quién probaría la veracidad de sus afirmaciones, en esta época de escepticismo? ¿No lo tomarían por un soñador o un utopista?

Aunque lo que dijeran fuese la verdad absoluta, siglos y más siglos habrían de transcurrir antes de que las masas admitieran sus ideas. Dios, en su sabiduría, no quiso que sucediera eso, sino que la enseñanza fuera impartida por los *propios Espíritus*, y no por los encarnados, a fin de que los primeros convenciesen a estos últimos de su existencia, y quiso que eso ocurriera simultáneamente en toda la Tierra, ya fuera para que la enseñanza se propagara con mayor rapidez o para que, al coincidir en todas partes, constituyese una prueba de la verdad, a fin de que cada uno dispusiera de lo necesario para convencerse por sus propios medios.

60. Los Espíritus no acuden para liberar al hombre del trabajo, del estudio y las investigaciones; no le transmiten una ciencia absolutamente elaborada. Con relación a lo que el hombre puede descubrir por sí mismo, lo dejan librado a sus propias fuerzas. Eso es lo que saben hoy perfectamente los espíritas. Hace tiempo que la experiencia ha demostrado que es un error la opinión que atribuye a los Espíritus todo el conocimiento y toda la sabiduría, así como que basta con dirigirse al primer Espíritu que se presente para conocer todas las cosas. Los Espíritus provienen de la humanidad, y constituyen uno de sus aspectos. Así como en la Tierra, en el mundo espiritual también los hay superiores y vulgares; muchos de ellos, pues, de cuestiones científicas y filosóficas saben menos que ciertos hombres; dicen lo que saben, ni más ni menos. Del mismo modo que los hombres, los Espíritus más adelantados pueden instruirnos acerca de muchas cosas, y darnos opiniones más juiciosas que los atrasados. Así pues, pedir consejos a los Espíritus no es tratar con potencias sobrenaturales; es tratar *con nuestros iguales*, con aquellos mismos a quienes nos dirigiríamos en este mundo: nuestros parientes, amigos o individuos

más ilustrados que nosotros. Es importante, pues, que todos estén convencidos de esto, que es precisamente lo que ignoran aquellos que, como no estudiaron el espiritismo, se forman una idea completamente falsa de la naturaleza del mundo de los Espíritus y de las relaciones de ultratumba.

61. ¿Cuál es, por lo tanto, la utilidad de esas manifestaciones, o si se prefiere, de esa revelación, si los Espíritus no saben más que nosotros, o no nos dicen todo lo que saben?

En primer término, como ya lo hemos dicho, los Espíritus se abstienen de darnos aquello que podemos obtener mediante el trabajo. En segundo lugar, hay cosas cuya revelación no les está permitida, porque el grado de nuestro adelanto no lo admite. Además de esto, las condiciones de la nueva existencia en que se encuentran les amplía el círculo de sus percepciones: ven lo que no veían en la Tierra. Así, liberados de los impedimentos de la materia, exentos de las preocupaciones de la vida corporal, aprecian las cosas desde un punto de vista más elevado y, por eso mismo, con más juicio; la sagacidad de que gozan abarca un horizonte más vasto; comprenden sus errores, rectifican sus ideas y se desembarazan de los prejuicios humanos.

En esto consiste la superioridad de los Espíritus con relación a la humanidad corporal, y a eso se debe que sus consejos, según el grado de adelanto que han alcanzado, sean más sensatos y desinteresados que los de los encarnados. El medio en que se encuentran les permite, además, iniciarnos en las cosas relativas a la vida futura, cosas que ignoramos y que no podemos aprender en el ámbito en que nos hallamos. Hasta ahora, en relación con su porvenir, el hombre sólo ha formulado hipótesis, y por esa razón sus creencias al respecto se fraccionaron en sistemas tan numerosos y divergentes, desde

el nadaísmo¹⁰ hasta las concepciones fantásticas del Infierno y del Paraíso. En la actualidad, son los testigos oculares, los protagonistas mismos de la vida de ultratumba quienes vienen a decirnos en qué consiste esa vida, *y solo ellos podían hacerlo*. Por consiguiente, sus manifestaciones han servido para darnos a conocer el mundo invisible que nos rodea y del cual ni siquiera sospechábamos; y ese único conocimiento sería de capital importancia, en el supuesto de que los Espíritus no pudiesen enseñarnos nada más.

Si realizarais un viaje a un país desconocido, ¿rechazaríais las informaciones del más humilde de los campesinos que encontrarais? ¿Os abstendríais de preguntarle sobre las condiciones de los caminos, por el simple hecho de que se tratara de un campesino? Por cierto, no esperaréis obtener por su intermedio informaciones de gran alcance, pero de acuerdo con lo que él es, y dentro de sus límites, podrá sobre algunos puntos enseñaros mejor que un hombre instruido que no conozca el país. De sus indicaciones extraeréis consecuencias que él mismo no obtendría, sin que por eso deje de ser un instrumento útil para vuestras observaciones, aunque apenas sirva para informaros acerca de las costumbres de los campesinos. Sucede lo mismo en lo concerniente a nuestras relaciones con los Espíritus, entre los cuales hasta el menos calificado puede enseñarnos algo.

62. Una comparación vulgar hará todavía más comprensible la situación.

Una nave repleta de emigrantes parte hacia un destino lejano. Transporta hombres de todas las condiciones, parientes

10. En el original: *néantisme*. Véase: Allan Kardec, *El Cielo y el Infierno*, Primera Parte, Capítulo I, § 2. (N. del T.)

y amigos de los que se quedaron. Más adelante se recibe la noticia de que el navío naufragó. Ningún vestigio queda de él; no hay ninguna noticia sobre su suerte. Se cree que todos los pasajeros han perecido, y el luto cubre a todas las familias. Sin embargo, la tripulación completa, al igual que los pasajeros, sin omitir un solo hombre, arribaron a un país desconocido, abundante y fértil, donde todos viven felices bajo un cielo clemente. No obstante, nadie sabe de esto. Un buen día, otro navío llega a esa tierra, y allí se encuentra con los náufragos, sanos y salvos. La auspiciosa noticia se expande con la rapidez del relámpago, y todos exclaman: “¡Nuestros amigos no están perdidos!” Entonces le dan gracias a Dios. No pueden verse unos con otros, pero se envían correspondencia; intercambian demostraciones de afecto y, así, la alegría reemplaza a la tristeza.

Tal es la imagen de la vida terrenal y de la vida de ultratumba, antes y después de la revelación moderna. Esta, similar al segundo navío, nos trae la buena nueva de la supervivencia de aquellos que nos son queridos, así como la certeza de que un día nos reuniremos con ellos. Se disipa la duda sobre el destino de ellos y el nuestro. El desaliento desaparece para dar lugar a la esperanza.

Con todo, otros resultados vienen a fecundar esa revelación. Al considerar que la humanidad está madura para penetrar el misterio de su destino y contemplar con sensatez las nuevas maravillas, Dios permitió que fuese levantado el velo que ocultaba el mundo invisible al mundo visible. Las manifestaciones nada tienen de extrahumanas: *se trata de la humanidad espiritual que viene a conversar con la humanidad corporal*, y le dice:

“Existimos, de modo que la nada no existe. Esto es lo que somos y lo que vosotros seréis; el porvenir os pertenece tanto como a nosotros. Andabais entre tinieblas, y nosotros vinimos a alumbraros el camino y trazaros un rumbo; ibais al acaso, y vinimos a indicaros la meta. La vida terrenal lo era todo para vosotros, porque no veíais nada más allá de ella, y hemos venido a deciros, mostrándoos la vida espiritual, que la vida terrestre no es nada. Vuestra visión se detenía en la tumba, y nosotros os develamos, más allá de esta, un horizonte espléndido. No sabíais por qué sufrís en la Tierra, y ahora veis en el sufrimiento la justicia de Dios. El bien no producía ningún fruto aparente para el futuro, pero de ahora en adelante tendrá un objetivo y constituirá una necesidad. La fraternidad, que no era más que una hermosa teoría, se sustenta ahora en una ley de la naturaleza. Bajo el imperio de la creencia de que todo se acaba con la vida, resulta que la inmensidad es el vacío, el egoísmo reina soberano entre vosotros, y la orden que habéis recibido es: ‘Cada cual para sí’. Con la certeza del porvenir, los espacios infinitos se pueblan hasta lo infinito; en ninguna parte existe el vacío o la soledad; la solidaridad vincula a todos los seres, más acá y más allá de la tumba. Se trata del reino de la caridad, cuya divisa es: ‘Uno para todos y todos para uno’. Por último, al concluir la vida decíais un eterno adiós a vuestros seres queridos; ahora simplemente les diréis: *¡Hasta luego!*”

Estos son, en resumen, los resultados de la nueva revelación, que ha venido a llenar el hueco que la incredulidad había cavado, a levantar los ánimos abatidos por la duda o la perspectiva de la nada, y a dar a todas las cosas una razón de ser. Ese resultado, ¿carecerá de importancia porque los Espíritus no vienen a resolver los problemas de la ciencia, a dar

el saber a los ignorantes, y a los perezosos los medios para que se enriquezcan sin trabajar? Entre tanto, los frutos que el hombre debe recoger de la nueva revelación no tienen que ver solamente con la vida futura. Habrá de cosecharlos en la Tierra, por la transformación que estas nuevas creencias necesariamente habrán de producir en su carácter, en sus gustos, en sus tendencias y, por consiguiente, en los hábitos y en las relaciones sociales. Al poner fin al reinado del egoísmo, del orgullo y la incredulidad, preparan el del bien, que es el reino de Dios.

Así pues, la revelación tiene por objeto colocar al hombre en posesión de ciertas verdades que él no podría adquirir por sí mismo, y eso con miras a activar el progreso. Esas verdades se limitan, por lo general, a principios fundamentales destinados a ponerlo en la vía de las investigaciones, y no a llevarlo en andadores. Son jalones que le muestran la meta, de modo que su tarea consiste en estudiarlos y deducir sus aplicaciones. Lejos de liberarlo del trabajo, son nuevos elementos que se le proporcionan para su actividad.



